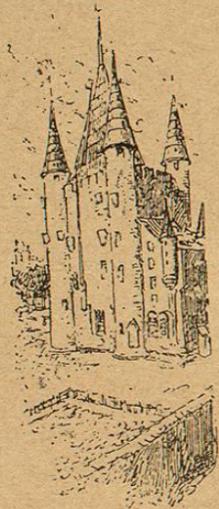


Edad Media. La aurora que comenzaría bien pronto, iba á ser la de la libertad.

Después de aquella maravillosa noche, no más clases, sino franceses todos; ¡no más provincias, sino una Francia!  
¡VIVA FRANCIA!



## CAPITULO V

## El clero.—La Fe nueva

Discursos proféticos de Fauchet —Inútiles esfuerzos de conciliación.—Ruina inminente de la antigua Iglesia.—La Iglesia había desesperado al pueblo.—Buzot reclama para la nación los bienes del clero, 6 de Agosto —Supresión del diezmo, 11 de Agosto.—Reconocimiento de la libertad religiosa.—Liga del clero, de la nobleza y de la corte.—París abandonado á sí mismo.—Ninguna autoridad pública, pocas violencias.—Donativos patrióticos.—Adhesión y sacrificio (Agosto, 1789).

La resurrección del pueblo, que sale, al fin, de la tumba en que yacía, el feudalismo mismo destruyendo el sillar que lo sostenía, la obra de los tiempos realizada en una noche... he aquí el primer milagro del Nuevo Evangelio, divino milagro, auténtico.

¡Qué oportunas son aquí las palabras que Fauchet pronuncia ante las osamentas encontradas en la Bastilla! La tiranía los había ocultado dentro de los muros de estos calabozos que creía eternamente impenetrables á la luz. ¡*El día de la revelación ha llegado!* Los huesos mismos han tomado vida al escuchar la voz de la libertad francesa y acusan á los siglos de opresión y de muerte, profetizando la regeneración de la naturaleza humana y de la vida de las naciones!...

Hermosas palabras de un verdadero profeta... Recojámoslas en nuestro corazón como tesoro de esperanza. ¡Sí, resucitaron!... La resurrección comenzada en las ruinas de la Bastilla, proseguida la noche del 4 de Agosto, manifestará al nuevo día de la vida social aquellas multitudes que languidecen todavía en las sombras de la muerte... El alba apareció en 1789; después comenzó la aurora envuelta en nubes de tempestad y luego el eclipse negro y profundo... El sol lucirá más tarde glorioso y esplendente: «*¡Solem quis dicere falsum audeat!*»

Eran las dos de la madrugada cuando la Asamblea concluye su obra inmensa y se separa. Aquella mañana (5 de Agosto) hizo en París Fauchet una oración fúnebre por los ciudadanos muertos ante la Bastilla feudal, encareciendo el precio de la sangre que habían derramado.

Fauchet encuentra palabras de eterna memoria: «¡Qué mal han hecho al mundo los falsos intérpretes de los oráculos divinos!... Han consagrado el despotismo, han hecho de Dios un cómplice de los tiranos. ¿Qué dice el Evangelio? «Os hará comparecer ante los reyes; os entregarán á la injusticia y resistiréis hasta la muerte...» Triunfan los falsos doctores porque Jesús escribió: «Dad al César lo que es del César.» Pero ¿qué hay que darle al César?... La libertad no es de César; es de la naturaleza humana.»

Estas palabras elocuentes lo eran todavía más en boca de aquel que el 14 de Julio se había mostrado dos veces heroico de valor y humanitarismo.

Dos veces había intentado, con peligro de su vida, salvar la de los demás, evitar el derramamiento de sangre... Verdadero cristiano y verdadero ciudadano, quiso salvarlo todo, las doctrinas y los hombres.

Su ciega caridad le arrastraba á defender ideas hostiles entre sí, dogmas contradictorios. Unía en un mismo amor ambos Evangelios, sin notar la diferencia de los principios. Alejado, excluido por los sacerdotes, los mismos que le habían perseguido se convirtieron para él en lo más respetable y querido.

¿Quién no se ha engañado como él? ¿quién no ha abrigado la esperanza de salvar el paso, avanzando hacia el porvenir? ¿quién no ha querido reanimar el espíritu sin destruir la vieja fórmula, reavivar la llama sin encontrar la ceniza muerta?... ¡Vano esfuerzo!

Fauchet se engañaba como otros tantos. Se hacían esfuerzos por creer la lucha concluída y llegada la hora de la paz; causaba admiración observar que la Revolución estuviera ya en el Evangelio.

La impresión fué tan fuerte, la emoción tan viva, que el apóstol de la libertad fué premiado con una corona cívica. El pueblo y el pueblo armado, los vencedores de la Bastilla y la guardia ciudadana, con el tambor á la cabeza, le condujeron al Hotel de Ville; delante iba un heraldo llevando la corona.

¿Ultimo triunfo del sacerdote ó primera victoria del ciudadano? Estos dos caracteres mezclados en un solo hombre ¿podrían continuar confundidos? Más claro: ¿se podía ser ciudadano y cura á la vez?

La ropa desgarrada, chamuscada, glorificada por las balas de la Bastilla, dejaban ver en aquel hombre el hombre nuevo; en vano quería él mismo unir las desgarraduras de su hábito para cubrir el pasado.

Una religión nueva se acerca; existen dos (¿qué hacer?): la Iglesia y la Realeza...

Feudalismo, Realeza, Iglesia: de estas tres ramas del antiguo árbol, cae la primera en 4 de Agosto; las otras dos se agitan violentamente á impulsos de un viento huracanado; luchan, se defienden, pero las hojas cubren el suelo. Nada podrá resistir. ¡Perezca lo que deba perecer!...

Nada de retrocesos ni vanas lágrimas. Lo que cree morir hoy, ¿cuánto tiempo hace, Dios mío, que estaba muerto, concluido, estéril!

El abandono completo en que al llegar 1789 había dejado la Iglesia al pueblo, la acusaba de una manera irrefutable, concluyente.

Desde hacía dos mil años la Iglesia únicamente estaba encargada de instruir al pueblo, y he aquí cómo había cumplido su deber... Las piadosas fundaciones de la Edad Media, ¿qué objeto tuvieron? ¿qué deberes imponían al clero?; la salvación de las almas, su mejoramiento religioso, la corrección de las costumbres, la humanización del pueblo... Era vuestro discípulo, abandonado á vosotros solo; maestros, ¿qué habéis enseñado?...

Después del siglo XII continuáis hablando una lengua que no es la suya; el culto ha cesado de ser una enseñanza para él. La predicación suplía en algo la falta de instrucción; poco á poco cesa también, se calla ó habla solamente para los ricos.

Habéis sido negligentes con los pobres, habéis desdeñado la turba grosera... ¿Grosera? Lo es por vosotros.

Por vosotros existen dos pueblos: el de arriba excesivamente civilizado, refinado; el de abajo, rudo y salvaje, cada vez más separados que lo estuvieran en su origen. Vuestro papel era llenar ese hueco, elevar constantemente á los de abajo, hacer de los dos pueblos uno solo.

Llega la crisis y no veo, en estas clases de las que habéis sido dueños, ninguna cultura adquirida, ninguna dulcificación de las costumbres; cuanto tienen lo deben á ellos mismos, al instinto, á la Naturaleza, al vigor y á la savia que pone ella en nosotros.

El bien es de ellos, innato, y el mal, el desorden, ¿á quién puede atribuirse sino á aquellos que respondían de sus almas y las habían abandonado?

¿Qué son en 1789 vuestros famosos monasterios?, ¿qué, vuestras escuelas antiguas, ahora silenciosas? En ellas la hierba crece y la araña teje su red... ¿Y vuestras cátedras?, vacías. ¿Y vuestros libros?, mudos.

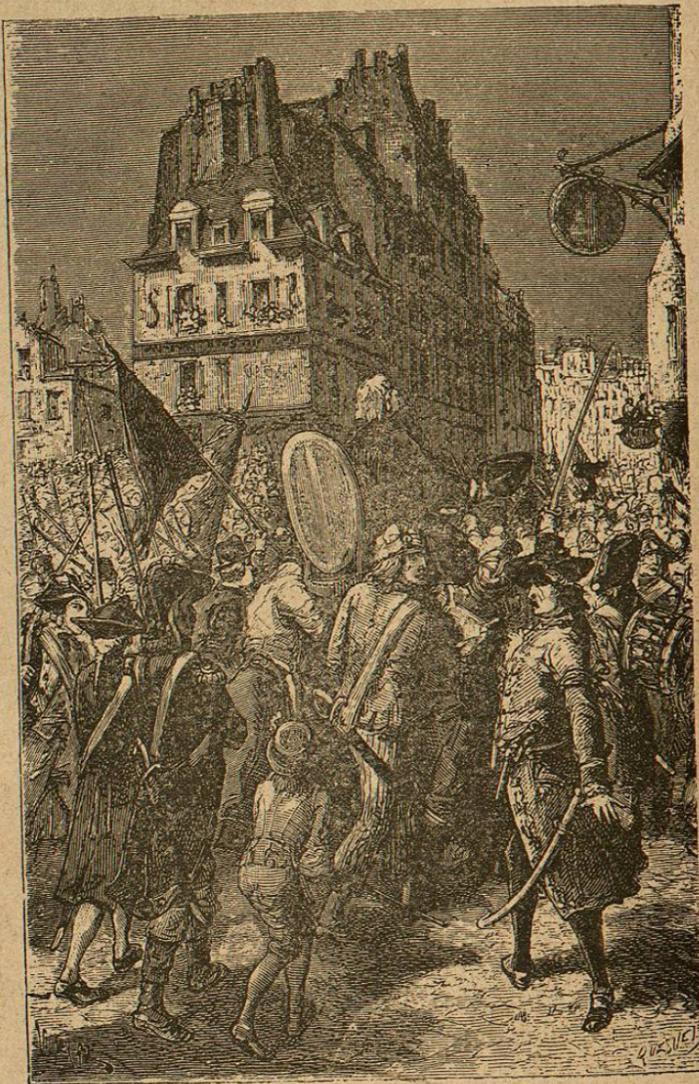
Pasa el siglo XVIII, un siglo de lucha y ataques en que á cada momento vuestros adversarios os incitaban á hablar, á obrar, si es que todavía vivíais...

Una sola cosa podría servir para defenderos; muchos de vosotros lo piensan, pero ninguno se atreverá á decirlo. Y es que desde hacía mucho tiempo la doctrina había muerto, que no teniendo nada que decir nada decíais al pueblo, que habíais vivido vuestras edades, una edad de enseñanza y de polémica... que todo pasa y se transforma; los cielos mismos pasaron. Atacados formidablemente, no pudiendo separar el espíritu cristiano de las formas exteriores del culto católico, no osando ayudar al fénix á morir para que resucitara y viviera, todavía habéis permanecido mudos, inactivos en el santuario, ocupando la plaza del sacerdote... pero nada más que del sacerdote.

Salid del templo. Sois deudos del pueblo y debéis darle luz. Salid, vuestra lámpara se ha apagado. Los que construyeron esas iglesias y os

las prestaron, os piden que les sean devueltas. ¿Quienes fueron esos? La Francia de entonces; devolvedlas á la Francia de hoy.

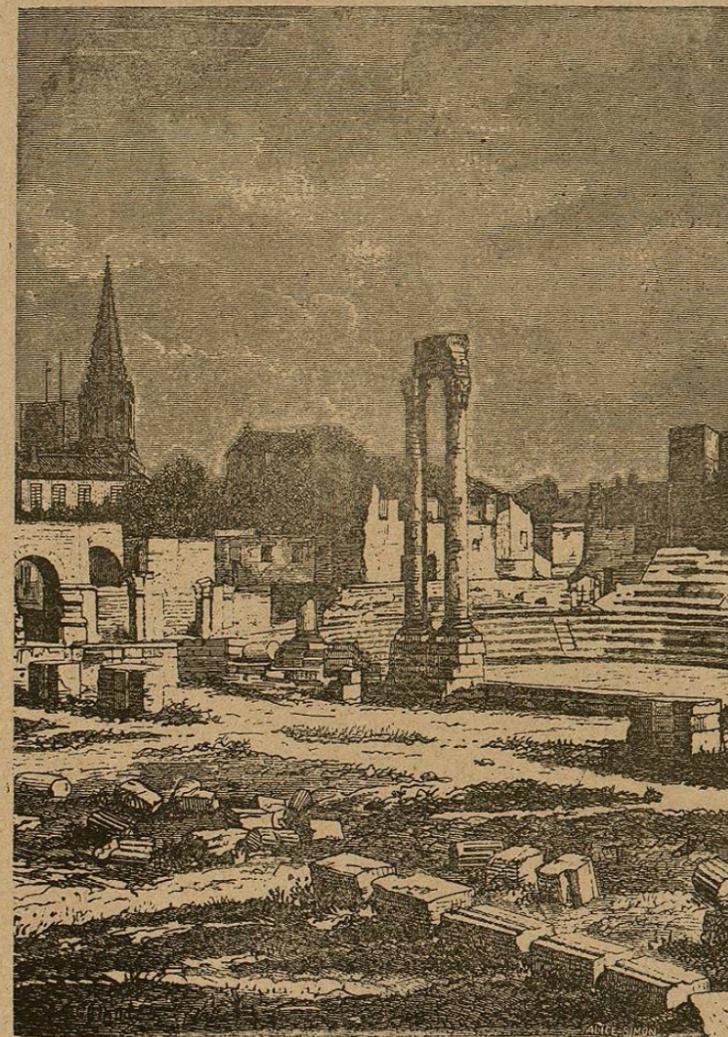
Hoy (Agosto del 89) Francia se libra del diezmo y mañana (el 2 de



Los vencedores de la Bastilla con el tambor á la cabeza le condujeron al Hotel de Ville. (Pág. 210)

Noviembre) se apoderará de vuestros bienes. ¿Con qué derecho? Un gran jurista lo ha dicho: «Por derecho de *desherencia*.» La Iglesia muerta no puede heredar. ¿A quién irá á parar su patrimonio? A su autor, á la patria, en donde nacerá la nueva Iglesia.

El 6 de Agosto, cuando la Asamblea se empeñaba en un vivo debate sobre un empréstito proyectado por Necker, que según declaración suya no bastaría para dos meses, un hombre sube á la tribuna, un hom-



ARLÉS.—(Ruinas del Teatro Romano)

bre que hasta entonces había hablado pocas veces; en aquella ocasión pronuncia una sola frase: «Los bienes eclesiásticos pertenecen á la nación.»

Grandes rumores... El hombre que había expresado gráficamente la situación era Buzot, uno de los jefes de la futura Gironda, joven y

austera figura, ardiente y melancólica, de aquellas que llevan escrita en la frente el anuncio de su corto destino.

El empréstito desfigurado, corregido, mutilado fué votado al fin. Si difícil fué hacer que se votara, más difícil era realizarlo. ¿A quién iba á prestar el público? ¿al antiguo régimen ó á la Revolución? No se sabía aún.

Una cosa era más segura y clara para todos los espíritus: la inutilidad; la inutilidad del clero, su indignidad perfecta, el incontestable derecho que daba á la nación sobre los bienes eclesiásticos.

Eran demasiado conocidas las costumbres de los prelados, la ignorancia del clero inferior.

Los curas tenían algunas virtudes, instinto de resistencia, pero carecían de toda luz; en todas partes donde dominaban eran un obstáculo á la cultura del pueblo, lo hacían retroceder.

Para no citar más que un ejemplo, el Poitou, civilizado en el siglo XVI, se tornó bárbaro bajo su influencia; preparaban la Vendée.

La nobleza veía esto tan claramente como el pueblo y pidió un empleo más útil de tales y tales bienes de la Iglesia. Los reyes lo habían visto también, y muchos de ellos habían hecho reformas parciales, la reforma de los Templarios, la de San Lázaro y la de los jesuítas. Había mucho más que hacer.

Fué un miembro de la nobleza, el marqués de Lacoste, quien el 8 de Agosto tomó la iniciativa en una proposición clara y concreta: «1.º Los bienes eclesiásticos pertenecen á la nación. 2.º El diezmo queda suprimido (sin hablar de conversión ni compensaciones). 3.º Los titulares tendrán sueldo. 4.º Los honorarios de los obispos y curas serán fijados por las Asambleas provinciales.

Otro noble, Alejandro de Lameth, apoya la proposición explicando la materia y el derecho de las fundaciones, derecho tan notablemente examinado por Turgot (1750) en la *Enciclopedia*. «La sociedad—dice Lamet—puede en cualquier momento suprimir todo instituto inútil.» Y concluyó pidiendo que los bienes eclesiásticos fuesen ofrecidos en garantía á los acreedores del Estado.

Gregoire y Lanjuinais atacaron esto con ardimiento, y los jansenistas, perseguidos por el clero, lo defendieron con no menos vigor.

¡Hecho notable, que demuestra que el privilegio convertido en derecho por la costumbre y el tiempo es más fuerte que la ropa de Nessus, que no se podía arrancar sin arrancar la carne misma! Los dos espíritus más vigorosos de la Asamblea, Sieyes y Mirabeau, ausentes la noche del 4 de Agosto, deploraban el resultado de la sesión. Sieyes era sacerdote y Mirabeau noble.

Mirabeau hubiera querido defender á la nobleza si el rey hubiera entregado el clero al pueblo para sacrificarle. Sieyes defendió al clero, sacrificado por la nobleza.

Sieyes dijo que el diezmo era una verdadera propiedad. ¿Cómo?

por haber sido antes un donativo voluntario, un donativo invariable.— A esto hubiera podido responderse en términos de derecho, que un donativo es revocable *por ingratitud*, por olvido ó negligencia del objeto para que ha sido hecho; este objeto era la educación del pueblo, olvidada desde hacía tanto tiempo por el clero.

Sieyes hacía valer en último caso que el diezmo no podía arrebatarse á los actuales poseedores, los cuales vivían con conocimiento, previsión y deducción del diezmo. Esto sería—decía—arrebatar á la Iglesia una renta legítima de setenta millones de renta. El diezmo, en verdad, valía más de ciento treinta millones.

Darlo á los propietarios era una medida eminentemente política, uniendo para siempre el más firme elemento del pueblo, el agricultor, á la causa de la Revolución.

Este impuesto odioso y variable, según los países, que en algunos llegaba al tercio de la cosecha, que encendía la guerra entre el cura y el labriego, que obligaba á éste á soportar, durante los días de misiones, una inquisición miserable, fué defendido por el clero durante tres días enteros con una irascible violencia.

«¡Cómo—gritaba un cura,—nos habéis invitado á reunirnos con vosotros *en nombre del Dios de la paz!* ¡Y era para degollarnos!»... El diezmo era lo más querido que tenían...

Al tercer día, viendo á todo el mundo volverse contra ellos, comenzaron á someterse.

Quince ó veinte curas renunciaron, entregándose á la generosidad de la nación.

Los grandes prelados, el arzobispo de París, el cardenal de la Rochefoucauld, siguieron el ejemplo, renunciando en nombre del clero.

El diezmo fué abolido para siempre sin compensación alguna; mantenido, sin embargo, por el momento, hasta que se decidiera sobre el sueldo de los párrocos (11 de Agosto).

La resistencia del clero no podía durar mucho. Tenía en contra casi toda la Asamblea.

Mirabeau habló tres veces y estuvo mucho más elocuente y hábil que de ordinario, haciendo alarde de una finísima ironía encubierta en las más respetuosas formas. Conocía de antemano el asentimiento que iba á encontrar en la Asamblea y en el público.

Las grandes tesis del siglo XVIII fueron reproducidas allí, pasando como cosas consentidas, admitidas ya por todos, incontestables y axiomáticas.

El espíritu de Voltaire se presentó allí terrible, rápido y vencedor. La libertad religiosa fué consagrada en la Declaración de los derechos y no la *tolerancia*, palabra ridícula que supone un derecho á la tiranía.

Aquella *religión dominante y culto dominante* que pedía el clero, fueron tratados como se merecían. El gran orador, órgano en aquella ocasión del siglo y de Francia, inutilizó aquella palabra para toda legis-